

MÉXICO INSÓLITO Y LINDO

por JOSE M^a DOÑATE

De unas navidades americanas

1) HUELLAS DE IDENTIDAD.

De un tiempo a esta parte circunstancias familiares que no es del caso exponer, me han obligado a encaminar la inquietud viajera hacia aquel país trasatlántico que llegó a ser respecto a España algo así como España misma. Y esta es la conclusión a la que se llega cuando se canálizan coyunturas diversas relacionadas con el ser y obrar de no pocos de sus habitantes, como pequeños detalles de un cotidiano acontecer. Porque, estando en México, no puede uno olvidar ésta su otra tierra, y su historia, común en una larga trayectoria, ante hechos palpables y testimonios constantes referidos a personas y sucesos, que ponen de relieve el paralelismo. Y esto es así aun cuando desde ambas orillas del océano nos empeñemos a veces en negar, por razones personales o pasión inducida, las huellas de tan palpable identidad.

2) UN FRAILE DE SAN FRANCISCO.

Así, en Puebla, capital del estado del mismo nombre, cercano al Distrito Federal, se puede uno recrear ante un ambiente hispano-colonial detenido en el tiempo. Edificios oficiales de purísimo estilo ostentan aún en su fachada, como con orgullo, el medallón o la lápida referidos a su construcción, en tiempos de Felipe V o Carlos III, inscritos en piedra sobre pétrea base, cubriendo el azulejo cerámico que generosamente reviste las fachadas cuando su componente básico es el ladrillo, o simple calicanto. Y esta cerámica de revestimiento, que hubiera resultado cara en cualquier otra parte, la vemos en Puebla sobre edificios civiles o viviendas, incluso las modestas, que por eso tuvieron allí al lado una localidad dedicada a la fabricación de este producto, y llamada nada menos que Talavera. . . Y no es casual que los colores y motivos de este producto americano imiten los de la

Talavera toledana, hasta el punto de confundir a un espectador no demasiado experto. La ciudad ha sido adoptada por la Unesco y declarada patrimonio de la Humanidad, y esto ha movido a sus autoridades a promover restauraciones que afectan no sólo al exterior, sino a los zaguanes y patios, y al ornato o decoración de sus extensas calles. Por ellas, deambulando y admirando, salí una vez a una extensa plaza, a la que daba como guardia la fachada de un convento cuya semejanza con la desaparecida del de San Pascual, en mi pueblo, no se puede atribuir en modo alguno a la casualidad. Media la orden del *poverello* de Asís, y el inconfundible estilo de la época. La fachada sería la del derribado convento de Vila-real si fuéramos capaces de ignorar en el templo de Puebla el obligado aditamento cerámico. Y en su interior, de un corte austero y franciscano que contrasta con el recargado y rabioso barroquismo de tantas y tantas iglesias americanas (y españolas, ¿cómo no?) destaca el camarín de un santo, franciscano él, que recibe al visitante de cuerpo presente, envuelto en su hábito, en apariencia el mismo que en vida usara aquel que en el país llegó a desempeñar el oficio de ministro de transportes, cuando los caminos apenas eran caminos, y el trasiego continuo de personas y mercancías exigían una organización que con no poco sacrificio supo el fraile dirigir desde su propio convento, en el que reposa ahora sin hábito de espolín de oro, en el país del oro, porque jamás los reyes se arrimaron a su sepulcro. Y no se debió doler de ello quien,



San Sebastián Aparicio, franciscano, es el patrón de Puebla

incómodo como el santo de Vila-real por verse tan entero, permitió a unas polillas ávidas de santidad carcomer las secas carnes de sus extremidades, hasta dejarlas en el hueso.

Se trata de San Sebastián Aparicio, quien ahora sí, en el centro de la plaza, se yergue esculpido, y diríamos que potente, ante una enorme rueda de carreta, de las carretas de entonces, las que acercaban las distancias enormes en aquel México que fray Sebastián consiguió menos recóndito, pero en el que no pudo hacer nada para conseguirlo menos insólito.

3) EN EL TEATRO DE LA CELADA.

Porque si hay un adjetivo que le cuadra bien a México es el de Insólito. Y no es en Puebla donde me voy a detener para avalar esta afirmación, aunque no resista la tentación de contar lo de aquel día que, para aliviar la galvana inherente a una buena comida, aproveché en la sombra de un bello jardín la frescura de uno de sus bancos, y me quedé dormido. Y al despertar, con los ojos aún entelados, tropezó mi vista con una antes inadvertida inscripción, esculpida en una losa sujeta al terruño: "Aquí, en este mismo sitio, tuvo lugar la matanza". Se refería a la que en Cholula, pues allí estaba, efectuaron Cortés y los tlaxcaltecas contra los dominadores mejicanos que vinieron a caer en la misma celda que, por orden de Moctezuma, habían preparado a los conquistadores, y a sus aliados indígenas ⁽¹⁾.

4) EL UNDÉCIMO, ASALTAR LA DILIGENCIA.

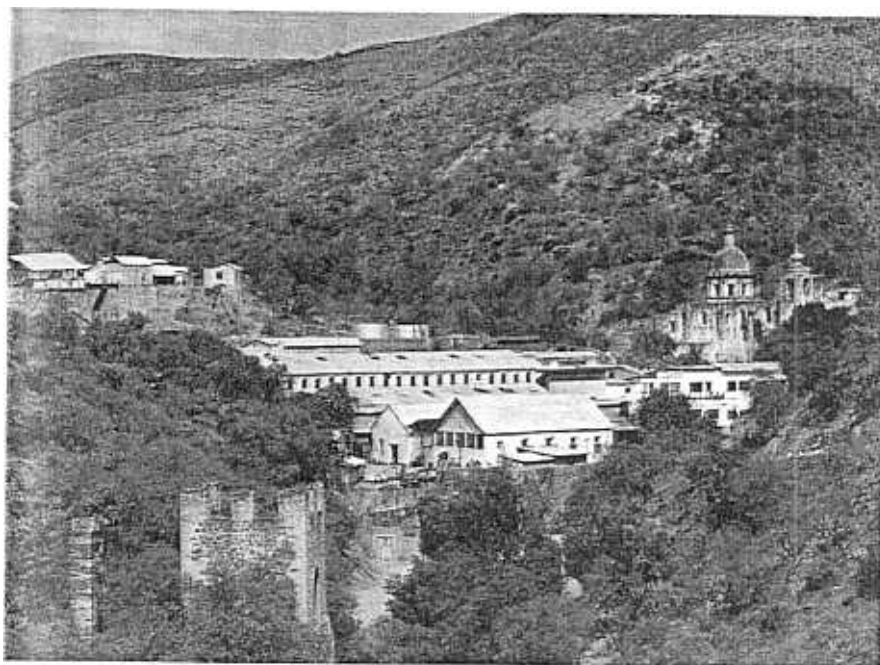
Sí, es insólito México. País extenso, como cuatro veces España en superficie territorial que comprende montañas y valles, selvas y desiertos, y que ocupa sobre la esfera un dilatado espacio con sus golfos enormes y mediterráneos mares. Y esto, claro está, potencia las distancias que hay que cubrir en avión, bastante caro como en todas partes (o más que en todas partes) o en coche porque el tren apenas suena lo suficiente como para limpiar de herrumbre las vías, y es, por su baratura (inferior calidad) el transporte de los muy pobres cuando se deciden a recorrer largas distancias. Porque cuando estas son cortas, se ciñen al autobús, llamado allí camión, que de estos sí, los hay en abundancia y en clases muy distin-

tas. Desde aquel que sobre la marcha carga en la carretera lo que le sale, sean personas, animales o cosas, hasta el que supera con certeza a los europeos, con su plantel de azafatas para servir al más exigente de los viajeros los refrescos más sofisticados, o el mejor de los tequilas con su limón y su sal, una vez dejadas sus terminales, de un postín que ya quisiéramos ver por España. Y entre estos dos extremos hay toda una gama de categorías a tenor, claro está, del precio, pero sólo son los de lujo los que los bandoleros asaltan por la noche, quizá en atención a los turistas y seguramente para retrotraer el ambiente a los tiempos del Coyote y de Luis Candelas. Hace poco, y con objeto de evitar el calor diurno, saqué billetes para un trayecto nocturno pero, al comentarlo en la tertulia de amigos me advirtieron de esto que yo ignoraba y me aconsejaron devolver los boletos y canjearlos por otros para viaje diurno. La taquillera, al hacerlo, no me puso inconvenientes pero, al comentarle coloquialmente los motivos me dijo: "la gente es muy exagerada. El mes pasado sí que lo asaltaron dos veces, pero este mes aún no ha pasado nada". Estábamos a siete ⁽²⁾.

5) "LA VALENCIANA..."

Dieciocho horas para ir desde Campeche, en la península de Yucatán, hasta el Distrito Federal y luego, dejando para la vuelta la estancia en Michoacán y la no por reiterada menos obligada visita al Zócalo y al Templo Mayor, en la capital de la República, nuevamente hacia el norte, en autocar (perdón, camión) encarrado a aquel centro de cultura hispano-autóctona-colonial, asentado en los estados de Querétaro, San Miguel de Allende y Guanajuato. Y fue aquí donde los españoles pusieron huevos, y no en Yucatán ni en Chiapas.

Fue en Guanajuato, capital del estado del mismo nombre que comprende la región de Aguas Calientes, tierra de los "hidrocálidos" (patronímico que en todo México se aplica a sus nativos) donde se halló el principal, quizá, de todos los placeres mineros del país, denunciado allí por un tal Valenciano, no podemos precisar si de origen o de nombre, pero del que sí consta que dio éste no sólo al más rico de los pozos de la mina, sino,



Mina de plata en Guanajuato

con el tiempo y en aras de intereses publicitarios, a los más insólitos productos o negocios de la región. Y el viajero se topa a cada esquina con el hotel, la destilería o ciertas prendas íntimas de señora con la marca "La Valenciana", y hasta con el mismo cerro de "La Valenciana" en el entorno de la población.

6)...EN LA MINERA GUANAJUATO.

El área de la ciudad encaja en un estrecho valle entornado a los lejos por altas montañas, pero tocado allí mismo, de cerca, por suaves colinas y cerros que prolongan su falda hasta dentro mismo del área urbana sin afectar demasiado a lo que de estrecha lengua tiene su extensión, agrupándose el caserío en distintos como anfiteatros, unidos por el forzado paso que en toda su longitud recorre un río ya sin agua que la atraviesa. Pero al resultar modernamente demasiado estrechos algunos de estos pasos fluviales, con ancestral vocación de mineros sus técnicos urbanísticos, han tenido que abrir diversos túneles que, sorteando los desniveles, han puesto en fácil comunicación barrios otrora mal comunicados, o de difícil acceso, dando con ello a la ciudad un aspecto tan particular como interesante. Por lo demás, su contemplación desde la pista que desde lo alto la circunda, la presenta siempre panorámica y bella, como en una cursilona postal de felicitación navideña. Desde su descubrimiento (ya en 1557) se estableció en la ciudad el

primer juez o superintendente de minas que puso al lugar el nombre de Santa Fe Real y Minas de *Quanaxhuato* (Cerro de Ranas). El filón, cuya extensión conocida es de más de treinta kilómetros de longitud y potencia de unos treinta metros dividida en tres masas separadas (cuerpo alto, medio y bajo) sólo dejó de ser explotado en 1810 con motivo de la guerra de independencia. Y aparte de la plata se benefician en ella, en sus distintos sectores como en el pozo de la Valenciana, a 360 metros de profundidad, diversos y ricos materiales como la amatista, el espato perla, el oro nativo, y algún otro menos noble pero ciertamente útil, como luego hemos de ver.

Esta actividad minera dio cuerpo al potencial económico de Guanajuato y se manifestó en sus distintas actividades culturales alcanzando de manera principal a la arquitectura, de la que son exponente sus múltiples iglesias, ricos habitáculos y no pocos edificios de orden civil por lo que, al igual que Puebla, ha recibido de la Unesco la declaración de Patrimonio Cultural de la Humanidad.

Desde el cerro que domina la parte más céntrica de la ciudad y concretamente desde el monumento colosal erigido a la memoria y gloria de un tal Pipila, especie de Cascorro de la gesta de la independencia, se aprecia el sólido edificio, ya monumento, de la Alhóndiga, erigido como su nombre indica para el almacenamiento y custodia de granos y

que tan destacado papel jugó en tiempos del cura Hidalgo.

7) DE CUANDO SANTIAGO NO ESTUVO A TONO.

El 16 de septiembre de 1810 el cura Don Miguel Hidalgo y Castilla, desde el poblado de Dolores, levantó en armas a sus feligreses a favor de una prematura proclamación de la independencia de México. Abanderó a su improvisado ejército con el estandarte de la Virgen de Guadalupe y previa la conquista de diversas plazas de menor cuantía se lanzó contra Guanajuato intimando a sus autoridades la inmediata rendición.

Se aprestaron éstas a la defensa concentrando sus efectivos en la alhóndiga pero, ayudado Hidalgo por los propios moradores (léase quinta columna) ocupó la ciudad y puso sitio a la alhóndiga, que fue objeto de durísimos ataques de entre los cuales queda como anécdota, para que tuvieran algo que contar los guías del turismo, la hazaña de Pipila que, protegiendo su cuerpo con una enorme losa sostenida como a modo de peto, logró penetrar y poner fuego en su interior con lo que los hispanos, a quienes sin duda y por sumisión a la Guadalupana abandonó Santiago, se rindieron y fueron uno a uno degollados.

¿Decayó con ello el prestigio del Patrón de España? No lo sabemos. Pero si que sabemos que más tarde a Hidalgo le fueron mal dadas. Perdió su guerra y, teniéndolo que desacralizar para poder ejecutarlo, a falta de autoridad eclesiástica competente para este menester le arrancaron la piel de las manos, como a modo de guantes, y ya sus ejecutores con la conciencia tranquila por el aspecto espiritual del caso le llevaron despellejado al paredón. Su cabeza, con otras tres principales, adornó durante un par de años los cuatro ángulos del austero edificio, en sendas jaulas de hierro prendidas a la altura de la cornisa superior.

¿Y Santiago? Pues, algo le debieron reconocer porque del 22 al 30 de septiembre se celebran ahora las fiestas de San Miguel Arcángel, con danzas comanches y malinches, sonajeros y cuadrillas y simulacro de combates entre nada menos que . . . ¡Moros y Cristianos!. A pagar siempre los mismos.



8) APOTEOSIS CERVANTINA.

Con todo y ser Guanajuato como la cuna del movimiento independiente mexicano, es allí donde la garra hispánica prendió culturalmente de manera que podemos calificar de rabiosa. Así, en cuanto a la figura de Cervantes, cuenta la ciudad con el museo que alberga, entre otras alhajas, 575 obras pictóricas relativas al Quijote. Y es difícil que los guías turísticos no le lleven a uno hasta las afueras, para recrearle en la contemplación del monumento, ciertamente colosal, erigido a la memoria del manco de Alcalá, y le hable de los festivales cervantinos que desde 1972 se celebran sin más que una interrupción el año 1985 a causa del terremoto de la capital de la República. En la edición de 1986 participaron cuarenta y cinco grupos artísticos extranjeros procedentes de treinta países, y nada menos que treinta y cinco nacionales. Los diversos espectáculos se ofrecen al público en calles y plazas, auditorios universitarios y foros teatrales. Y como dice la convocatoria, el festival está destinado "a exaltar los valores de la cultura hispano-americana, y a afirmar cuanto en el orden espiritual simboliza y potencia la obra de Miguel de Cervantes...".

9) LA NACIONAL-NECROFILIA.

Pero si algo hay en Guanajuato de

rabiosamente insólito es, nada menos, el museo de los muertos. Porque no sólo con carácter local, sino ya con categoría nacional, la necrofilia que se pone de manifiesto en esta ciudad rebasa todos los límites imaginables en un país vocacionalmente necrófilo, donde una de las fiestas más celebradas es la del día de difuntos, cuando en el cementerio se prepara para el muerto sobre su misma tumba, y a tono con el nivel económico de la familia, una especie de banquete que, naturalmente, acaban consumiendo los vivos.

10) EL MUSEO DE LOS MUERTOS.

Y lo de aquí es otra cosa. Se trata de que, por circunstancias o causas desconocidas, los cadáveres, bajo tierra, no se pudren⁽³⁾. Se deshidratan y amojaman conservando no sólo el aspecto de verdaderas momias, sino que, por carecer de untos y pócmias, conservan una amarillez muy natural, y en algunos casos, se dice, hasta el parecido fisionómico con el individuo en vivo. Porque las que están en un museo, en número cercano al centenar, no son momias antiguas, de olmecas o chichimecas, sino muertos de hace poco. del tiempo escasamente justo para que prescribiera el derecho a disfrutar de una sepultura en el cementerio municipal, y llega el momento en que los familiares

del difunto tienen que revalorizar su derecho al reposo con una nueva aportación económica. Y aquí llega a su punto culminante la imaginación mexicana: ¿Qué hacer con los muertos cuyos familiares ya no existen, o han desaparecido en busca de otros pagos? Pues, sencillamente, exponerlos en el museo de los muertos.

A poniente de la ciudad, y en galerías subterráneas que se proyectan en zig-zag, se halla el museo, punto obligado de parada y visita de todos los circuitos turísticos. La cola para entrar es muy densa y se prolonga en un centenar de metros, en torno a chiringuitos y tenderetes donde se aplaca la sed y se adquiere el esqueletito-recuerdo tañedor de guitarra o el álbum de fotos del contenido interior, pendiente aún de ser examinado. El precio del boleto de visita está por las cuatrocientas pesetas y da derecho a la tutela de uno de los muchos guías que, en el vestíbulo, presidido por una imagen en litografía del Chicho Balsemao (dios azteca de la muerte) recoge cada uno a su veintena de pupilos y la conduce por el interior de los estrechos pasillos, bordeados de encristalados nichos, perfectamente iluminados para la mejor comprensión de su contenido. Y el guía va dando cuenta, en

lento transcurrir, de cada una de las circunstancias de los ejemplares expuestos. Este murió baleado, y conserva observables, sobre militar socolevita, los orificios de los proyectiles; es de los pocos que conservan algo de vestimenta, pues los demás están desnudos, y así podemos saber que es mujer la que murió ahorcada, y conserva en el cuello la señal de la cuerda. Y aquella que, llevando al prenacido muerto, sufrió una cesárea y murió en la operación, y está allí, expuesta al lado del cadáver de su hijo, que se expone con el mérito de ser "la momia más pequeña del mundo". En uno de los nichos observé que el ocupante no tenía más que huesos. Pregunté al guía, y me aclaró el motivo, y es que, por haber estado algún tiempo sin cristal, los visitantes se lo habían ido llevando a pellizcos... ¡como recuerdo!

Y cuando al término de unos no demasiados minutos, que acaban pareciendo siglos por aquel deambular de pasillos estrechos, con ojo y visión dantesca, se halla uno ya como vislumbrando la claridad de una salida, se topa con la más dantesca de las visiones: Se trata de una mujer que, enterrada viva, en estado cataleptico, resucitó en la fosa. Me encuentro sin facultades para describir lo que sin

duda alguna, de tenerlo que hacer, le hubiera resultado incómodo al mismo Dante.

NOTAS.

(1) Véase en: Bernal Díaz del Castillo. HISTORIA VERDADERA DE LA CONQUISTA DE LA NUEVA ESPAÑA. Cap. L XXX III.

(2) El procedimiento consiste en hacer detener el autocar (perdón; camión) en plena carretera y desviarlo, por un camino distinto, hacia un paraje solitario en el que el vehículo es desalojado y "desplumados" sus ocupantes. La sangre, al parecer, no llega al río por lo que la prensa del país, en alguna ocasión, ha insinuado o supuesto cierto grado de connivencia policial.

(3) Los naturales atribuyen el fenómeno a la sequedad del ambiente. Pero ni la sequedad es tanta, ni se produce en otros lugares mucho más secos. En Egipto, por ejemplo, los cadáveres que no pasaban por un complicado proceso de preparación, no se conservaban ya que, de no ser así, no se hubiera recurrido a la química, tan cara que sólo estaba al alcance de los privilegiados. Así pues, hay que buscar otras causas y, por nuestra cuenta, aventuramos la presencia en la tierra de algún componente químico que actúa fuertemente contra los complejos factores de la putrefacción, y ello no es extraño en un terreno de tan alta presencia de minerales distintos, puesto que el cementerio se halla precisamente sobre el mismo filón de "La Valenciana".

FERRETERIA

HERMANOS
CHABRERA

DUPLIQUEM CLAUS COTXE I PISO

Sant Joaquim, 20 - Telèfon 52 13 61 - VILA-REAL



Av. La Murà, 5
Tel. 52 20 55
Part. 53 26 11
VILLARREAL
(Castellón)

rivadulla, s. l.

tresillos

**FABRICAMOS
MEDIDAS ESPECIALES**

Polígono Industrial
Ramonet - Nave n.º 2
12550 ALMAZORA (Castellón)
Teléfono 53 42 43